

**Universidad Nacional de La Plata**  
**X Congreso del Instituto de Relaciones Internacionales**

***EL NUEVO PANAFRICANISMO Y EL RENACIMIENTO DE LA UNIDAD AFRICANA***

**Autor: Pablo Exequiel Virasoro**

**1. Introducción. El renacimiento del continente Africano**

El presente trabajo tiene como objetivo repasar algunas herramientas conceptuales y debates sobre el panafricanismo como matriz teórica de la integración africana; debates que precedieron y explicaron la aparición de la Organización de la Unidad Africana (OUA) en 1963, y luego evolucionaron para justificar el surgimiento de su sucesora, la Unión Africana (UA), a comienzos del siglo XXI.

Siguiendo al autor sudafricano Tsoeu Petlane (2011), la historia contemporánea del continente africano nos permite identificar tres grandes fases ó etapas en su evolución política: una primera de “liberación”, que permitió a la mayoría de las colonias alcanzar su independencia política en los años 60, una segunda de “redemocratización” que dio nacimiento a sistemas políticos multipartidarios en las décadas de los ’80 y 90’, y una tercera de “renacimiento”, que comenzó con el nuevo milenio, protagonizada por la reconversión de la Organización de la Unidad Africana (OUA) y su transformación en la Unión Africana (UA) (Petlane, 2011)

Cabe recordar aquí que en mayo del año 2000, la publicación inglesa *The Economist* calificó a África como un continente sin esperanza, marcando el epicentro del “**afropesimismo**” (Lechini, 2018), y del desinterés de los países centrales por los asuntos africanos. A partir de entonces, y como si hubiera acusado recibo de tales pesimistas predicciones, África recuperó gradualmente un relativo protagonismo en la agenda global.

En el año 2000, la Declaración del Milenio supuso un compromiso renovado de las Naciones Unidas para crear, en los planos nacional y mundial, un entorno propicio al desarrollo y a

la eliminación de la pobreza. Para dar cumplimiento a este compromiso, se establecieron los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) que incluyeron metas concretas con indicadores mensurables a alcanzar hasta el año 2015 (ONU, 2000).

Desde el inicio del milenio, los ODM se convirtieron en el punto convergente de las estrategias y propuestas para acelerar el desarrollo continental. Los compromisos internacionales se orientaron hacia el aumento de los fondos -ayuda oficial al desarrollo, fondos públicos y privados, con inédita participación de países emergentes- y África se convirtió en una prioridad geográfica en la búsqueda de mejorar la calidad de la ayuda y la búsqueda de coherencia en las políticas de cooperación.

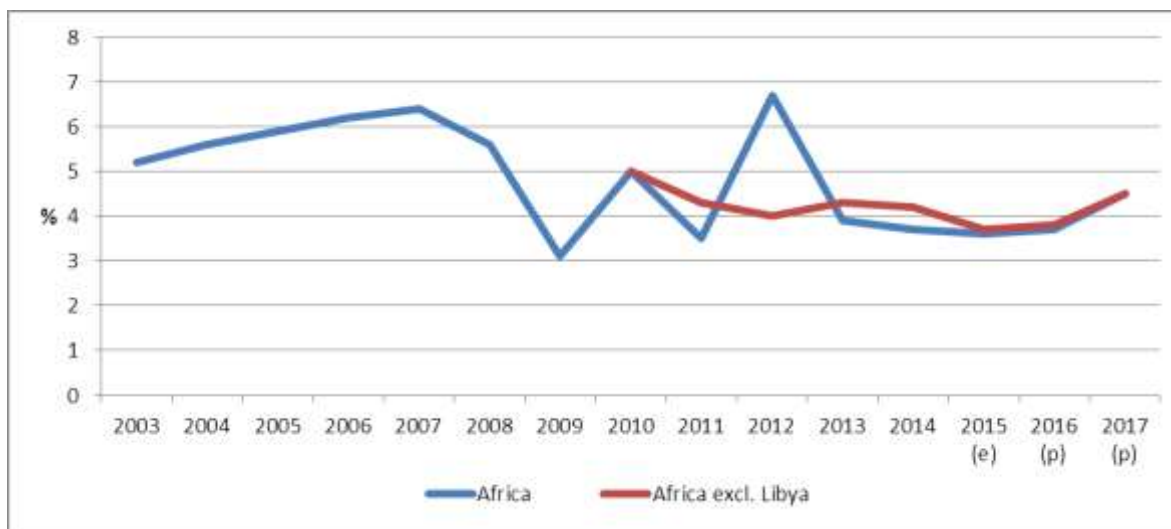
El regionalismo, y en particular la integración regional -que ya formaban parte importante de la agenda continental después de las independencias- volvieron también a ocupar un papel protagonista en la agenda internacional. Ello así, en la Declaración del Milenio se mencionó, dentro de la propuesta específica para África, el fomento y el apoyo a los mecanismos regionales y subregionales de prevención de conflicto y promoción de la estabilidad política (ONU, 2000).

Incluso instituciones del *establishment* económico mundial como el Banco Mundial acusaron recibo de este redireccionamiento. Dentro de las 25 iniciativas específicas que formaron parte de su Plan de Acción para África, el Banco Mundial estableció una línea de crédito destinada al apoyo a la integración regional, haciendo hincapié en el fortalecimiento institucional, las inversiones en infraestructura y salud, y la identificación y movilización de recursos públicos y privados para la construcción de grandes proyectos regionales (Banco Mundial, 2005).

A este cambio de actitud de la comunidad internacional hacia el continente, se sumaron en forma concomitante, las buenas noticias para la economía africana desde el cambio de milenio. Luego de un período de muy bajo desempeño en las últimas dos décadas del siglo XX, África como conjunto pudo mostrar al mundo una tasa de crecimiento acelerado y continuo inédita en su historia, situada en torno al 4,9 % anual en el período 2000- 2008 (mayor al crecimiento promedio mundial de 3,8%), y superando la crisis con una tasa del 3,1% en 2009, un 4,9% en 2010, y un promedio cercano al 4% en el lustro 2011-2016 (ver figura).

**Figura: Crecimiento económico africano 2003-2017**

**Fuente: Banco Africano de Desarrollo (AFDB), 2016**



Nota: (e) estimado; (p) proyección.

En este mismo sentido, un informe elaborado por la Agencia del NEPAD en 2011, extendió el pronóstico de crecimiento de la población y PBI africanos hasta 2040, conforme detalle de la Tabla incluida a continuación:

**Tabla: Proyección de crecimiento poblacional y económico africanos 2010-2040**

**Fuente: NEPAD, 2011**

	2010	2020	2030	2040
<b>Población (millones)</b>	1033	1276	1524	1770
<b>Población urbana (millones)</b>	413	569	761	986
<b>PBI (PPP 2005, millones de USD)</b>	3300	6010	11639	20334
<b>PBI per capita (PPP 2005, USD)</b>	3190	4709	7636	11490

Por su parte, un informe del año 2013 titulado “El ascenso del Sur”, del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) se hacía eco de lo antes expuesto, señalando el saludable panorama del Sur Global y enfatizando este rápido crecimiento de África -a tasas sólo superadas por Asia- y destacando los altos retornos alcanzados por los inversionistas en Ghana, Etiopía, Rwanda, Mozambique y Zambia, por citar sólo algunos ejemplos (PNUD, 2013).

Existieron una serie de factores endógenos y exógenos que nos ayudan a explicar el acelerado y significativo crecimiento del continente africano en el período bajo estudio:

i) la gradual alza de los precios de las materias primas, que benefició especialmente a los países petroleros y mineros. La abundancia de recursos naturales que experimentaron una espectacular alza de precios entre 2003 y 2011 –petróleo, oro, recursos agrícolas- contribuyó significativamente a la bonanza de la balanza comercial del continente;

ii) el exponencial aumento de la IED directa en el continente que pasó de recibir USD 9 mil millones en inversión extranjera directa (IED) en el año 2000, a USD 62 mil millones en 2008 (Roxburgh, 2010). Aquí resultó preponderante el papel de las potencias emergentes: a título de ejemplo:

- los compromisos de financiación de infraestructura de la R.P. China aumentaron de 470 millones de dólares en 2001 a 4,5 mil millones de dólares en 2007;

- grandes empresas brasileñas efectuaron inversiones récord en el continente, el caso de la petrolera Petrobras estimadas en 2 mil millones en Angola y Nigeria, y la minera Vale estimadas en 1,3 mil millones en Mozambique;

- la India redobló su apuesta en el continente, con proyectos agrícolas valuados en 1.8 mil millones de USD entre 2007 y 2010 y 5.4 mil millones en líneas de créditos para nuevos proyectos productivos en el continente (UNCTAD, 2010);

iii) su gigantesco potencial demográfico, que condujo a un proceso de ocupación del espacio territorial y a un movimiento de densificación poblacional muy superior al de la media mundial;

iv) relacionado con el anterior, el surgimiento de una clase media africana que alcanzó un tamaño crítico y se convirtió en factor de estabilidad, contribuyendo así a aumentar significativamente la dimensión del mercado interno africano. Coincidente con estas previsiones, el informe antes citado pronosticó que para 2020, 128 millones de familias tendrían un ingreso regular y entrarían al mercado de consumo interno, y para 2040, es esperable que 1.1 billones de personas estén en edad de trabajar -convirtiendo al continente africano en la mayor reserva mundial de mano de obra, incluso superior a la de India o China (Roxburgh, 2010);

v) la insospechada mejora en la calidad de las decisiones gubernamentales –tanto individuales como colectivas- al interior del continente, para disminuir la conflictividad política interna, mejorar las condiciones macroeconómicas y crear mejor clima para la inversión y los negocios (Miguel, 2009);

vi) relacionada con el anterior, otro factor que consideramos crucial para los avances económicos que registró el continente en el período estudiado, fue su constante y consistente democratización.

Cabe en este punto citar a la ex Presidente de la Comisión de la Unión Africana, la sudafricana Nkosazana Dlamini-Zuma (2017), en uno de sus últimos discursos en el cargo:

“En el continente también vemos un número creciente de protestas populares - alrededor de temas de salarios y servicios, democratización e inclusión- así como de estudiantes en reclamo de educación gratuita. Esto, junto con las más de cincuenta (50) elecciones celebradas en el continente durante los últimos cuatro años, y los acontecimientos en las ciudades, pueblos y zonas rurales de África, muestra un continente que también está cambiando rápidamente.”

“Durante este período hemos tenido numerosas elecciones presidenciales, parlamentarias y de gobiernos locales. El creciente número de elecciones locales muestra que nuestros países están tomando seriamente la descentralización y aproximación del gobierno a la gente.”

“En general, con algunas excepciones, la participación electoral ha sido significativa, consistentemente más del 60%, con una alta participación de mujeres y jóvenes. En la mayoría de los casos, tanto si los candidatos eran reelectos, como si había cambios en los jefes de estado o cambios en los partidos o coaliciones gobernantes, las transferencias de poder fueron pacíficas. Y, donde hubo algún problema, la Unión Africana y las Comunidades Económicas Regionales intervinieron para evitar una crisis.” (Dlamini-Zuma, 2017).

Sin embargo, en nuestra opinión el principal factor que contribuyó a mejorar el desempeño económico de los países que componen el continente africano entre 2003 y 2015, fue **la creciente integración** al interior del continente. Un fenómeno perceptible, persistente y consistente, sustentado en una nueva matriz teórica: el Nuevo Panafricanismo. La herencia colonial de balcanización del África como fórmula usada por los líderes africanos para mantener el poder y sus privilegios de tinte feudal, lentamente fue quedando atrás, con una clara visión renovada del panafricanismo, que algunos autores calificaron como el “Despertar de Africa” (Roxburgh, 2010) y permitiendo que los ojos del mundo se volvieron a posar sobre el continente africano, con una mirada renovada, **“afrooptimista”** (Lechini, 2018).

## **2. Antecedentes y debates teóricos sobre la integración africana.**

Las iniciativas de cooperación e integración regional no son recientes en el continente africano; la gradual formación de lo que hoy conocemos como la Unión Africana es la culminación de una serie de procesos complejos que comenzaron con la necesidad de la diáspora africana, sumida en la opresión del esclavismo y el racismo, de redescubrir la identidad del hombre afrodescendiente y reivindicar su dignidad.

Desde finales del siglo XIX, el término **diáspora africana** se ha aplicado a la migración forzada de millones de africanos esclavizados en las Américas, Europa y Asia, que ocurrió entre el siglo XV y la abolición de la esclavitud en Brasil con la sanción de la Ley Aurea del 13 de mayo de

1888 (Rodney, 1982; Eze, 2013) Es notable que el colonialismo y el envío de esclavos a través del Atlántico fueran las fuerzas históricas que dieron origen a la diáspora africana.

Así, paradójicamente, el movimiento reivindicatorio de la dignidad africana no comenzó en África, sino en las Américas, adonde nació el panafricanismo, que podemos definir como un proceso, un movimiento socio político, una dinámica de larga duración, que en la dialéctica histórica se ocupó de articular diferentes sentidos, interpretaciones, dispositivos y herramientas teóricas con un mismo núcleo estructurante: la **Unidad Africana**, y con un mismo fin: la **Emancipación de África y de los Africanos**, de los yugos de la esclavitud, el racismo, el colonialismo y el neocolonialismo.

Considerando al panafricanismo como proceso histórico, Eze (2013), en coincidencia con Rodney (1982) explica que en el siglo XV confluyeron las causas que dieron origen a las raíces del panafricanismo: el segundo ascenso de Europa, el comienzo de la trata transatlántica de esclavos y el colonialismo occidental (Eze, 2013). El autor explica que antes del siglo XV, en un contexto europeo más amplio, ser blanco o negro no era una forma institucionalizada de clasificación humana, ya que el color de la piel no poseía ninguna intencionalidad ó consecuencia jurídica ni sustantiva. Sin embargo, esta realidad cambió a partir del siglo XV para coincidir con el la conquista de América; la imperiosa necesidad de mano de obra exigió la urgencia de “inventar” un nuevo tipo de categoría humana que pudiera ser “cosificada”. Como telón de fondo del Iluminismo europea, un nuevo ideal de humanidad proyectó la imagen de un hombre "racional" o "civilizado", en contraposición a un “otro diferente” pasible de identificación, segregación y dominación.

Con la colonización de América, esta teoría modernista de la humanidad tuvo graves consecuencias para los africanos cuyas culturas quedarían descalificadas como "irracionales" o "incivilizadas" por su diferencia con la cultura occidental. Los africanos se convirtieron en los salvajes "modernos" que podían ser cosificados, esclavizados o dominados. Como lo sintetizó Javier Surasky:

“La modernidad es, en consecuencia, la colonialidad: no hay una sin la otra, no se trata de dos realidades diferentes sino de una única realidad indisoluble, y tiene dos grandes lecturas posibles: la del nosotros europea y la de los-otros-no europeos. La modernidad-colonialidad es además total, en tanto cubre todos los espacios geográficos y de actuación posibles.”(Surasky, 2019: 4-5).

El panafricanismo surgió en este contexto, como una agencia de restauración de la subjetividad africana, y al mismo tiempo un desafío a las raíces intelectuales de la historicidad colonial (Eze, 2013: 664) Fue, por tanto, un movimiento intelectual, hijo del modernismo, de resistencia, reaccionario, combativo de:

“...la visión científica-occidental y europea del saber, con su consabido método científico, fue una herramienta de la que se valieron autores como Herbert Spencer, Robert Knox, Benjamin Kidd, Francis Bacon o Augusto Comte para contribuir y justificar el esfuerzo europeo de dominación sobre bases racializadas: un primer mundo era europeo y blanco; el segundo mundo bárbaro y amarillo; el tercero, salvaje y negro” (Surasky, 2019:6).

En este sentido, podemos considerarlo como un **pensamiento decolonial**, en el sentido de:

“...recuperación de estrategias de pensamiento que reconstruyan y traspasen las visiones tradicionales europeas sobre el orden mundial y, para ello, se debe hacer el ejercicio de enfrentar los paradigmas científicos que fueron parte del trayecto hacia el establecimiento del actual orden mundial (Surasky, 2019:5).

En el Caribe, los primeros rastros del panafricanismo son fácilmente identificables en la primera constitución de Haití, que en 1804 garantizaba a todos los hombres de origen africano que pisaran suelo haitiano, los derechos a su inmediata libertad y a la nacionalidad haitiana (Ribeiro Thomaz, 2018)<sup>1</sup>. Sin embargo, debió transcurrir casi un siglo para que el término fuera acuñado por primera vez, en el año 1900, por el abogado trinitario Henry Silvester Williams. A partir de allí, con las contribuciones del jamaiquino Marcus Garvey, y el estadounidense William Edward Burghardt Du Bois, el panafricanismo comenzó a estructurarse con solidez, convirtiéndose en una matriz de pensamiento expandida, adaptable a circunstancias históricas, teóricas y epistémicas, que se expresó en políticas sociales, económicas, científicas, como cooperación, intercambio, comunidad o perspectiva epistémica, de forma supra nacional y transnacional. En palabras de Dani Nabudere (2001):

“Una expresión de la identidad africana y como tal, profundamente enraizada en herencias populares históricas, culturales, espirituales, artísticas, científicas y ontológicas, desde el pasado hasta el presente. Fue y continúa siendo la base de las luchas contra la esclavitud, el colonialismo, el racismo y el neo-colonialismo” (Nabudere, 2001).

Convocada por Henry Silvester Williams, la primera Conferencia Pan-Africana tuvo lugar en Londres en el año 1900. De esta primera Conferencia, participaron 30 delegados, y fue muy criticada por su complacencia con el mandato colonial europeo.

---

<sup>1</sup> RIBEIRO THOMAZ, Omar, abril de 2018. Clase magistral sobre los orígenes del panafricanismo dictada en el Centro de Estudios Africanos y Orientales de la Universidad Federal de Bahía.

Sin embargo, su valor estuvo dado por la consolidación de las preocupaciones panafricanistas. Con posterioridad a la Gran Guerra, la idea de reunir a la *intelligentsia africana* fue retomada por William Edward Burghardt Du Bois, quien se llevaría el crédito como el **padre fundador** del panafricanismo, al organizar el Primer Congreso Panafricano en 1919 en París con el objetivo de estimular el sentido universal de identidad, aspiraciones compartidas y solidaridad de todos los africanos del mundo.

Excede los objetivos de esta ponencia referirnos a los resultados de cada una de las conferencias que se sucedieron: la segunda en 1921 en París, Bruselas y Londres; la tercera en 1923 en Londres y Lisboa; la cuarta en 1927 en Nueva York -todas ellas impulsadas y protagonizadas por W.E.B. Du Bois-; la quinta en 1945 en Manchester -en la cual fue decisivo el papel del trinitario George Padmore-; la sexta en 1974 en Dar es Salaam y la séptima en Kampala, en 1994 (Eze, 2013: 665). Baste decir, siguiendo a Timothy Murithi (2005) que constituyeron la primera fase de institucionalización del panafricanismo y que fueron un punto de reunión de la diáspora e *intelligentsia* africanas, en su búsqueda de independencia total, económica, social y cultural, con participación en la política mundial codo a codo con las grandes potencias, e inscripción en la historia de la humanidad.

Sin embargo, desde su inicio como movimiento teórico, el panafricanismo también estuvo marcado por la controversia, las contradicciones y los constantes interrogantes sobre su naturaleza. Así, diversos autores lo redujeron a una ideología ó mero conjunto de ideas, carentes de sistematicidad y metodología propias. En este sentido:

“Como punto de partida debe tenerse presente que el panafricanismo, como todo movimiento ideológico y político, implica una ideología, una línea de acción política, y un radio de acción. En primer lugar, y en cuanto a sus aspectos ideológicos, el panafricanismo no es un concepto único. El panafricanismo es una ideología, y como tal está compuesta por un cuerpo de proposiciones relacionadas entre sí, pero separables y con distintos alcances para la acción. (Jorge, 1967).

En las antípodas, autores como Eze (2013) destacaron su valor como hecho o proceso histórico, en el cual las aflicciones compartidas por las experiencias de hombres y mujeres negros se convirtieron en una brújula moral para la unidad africana:

“El Panafricanismo, a través de los ideales de varios movimientos pan-negristas, ofreció una expresión histórica de una conciencia común, un sentido compartido de identidad africana / negra y un núcleo metafísico con el cual restaurar la humanidad de las personas negras en todo el mundo”(Eze, 2013:670).



Esta ponencia parte de la base que el panafricanismo no debe ser reducido a una ideología ni a un hecho histórico, sino que es un conjunto organizado de ideas que proponen interpretaciones de fenómenos sociales, económicos e históricos mundiales, que crearon herramientas metodológicas para la transformación de realidades sociales en períodos y contextos específicos. En este sentido, la consideramos una verdadera matriz teórica, desarrollada a lo largo de varios períodos de la historia de la humanidad, tanto por autores africanos ó afrodescendientes, como por autores de otros orígenes.

Congruente con esta perspectiva, Kay Mathews ofrece una certera síntesis de los cuatro componentes principales del panafricanismo:

- i) expresión del orgullo y conquistas de los africanos: la redención de África;
- ii) retorno a África, noción promovida principalmente por los africanos en la diáspora;
- iii) liberación del colonialismo y de toda forma de opresión y dominio: África para los Africanos;
- iv) Unidad Africana como objetivo primario en la lucha por la liberación del toda forma de colonialismo y opresión. (Mathews, 2009)

Ahora bien, es un dato histórico que sólo luego de iniciado el movimiento independentista en el continente, y en especial luego de la independencia de Ghana en 1957 bajo el liderazgo de Kwame Nkrumah, el movimiento panafricanista logró trasladarse a África, y la primera Conferencia de los Pueblos Panafricanos tuvo lugar en Accra, en el año 1958. Discípulo dilecto de W.E.B. Du Bois, Nkrumah anunciaba con satisfacción en el discurso de apertura que la Conferencia “había retornado a casa”. Allí se consagró la visión de este legendario creyente en la unión política como condición *sine qua non* para el desarrollo socioeconómico de África. En sus propias palabras:

“Nuestro baluarte esencial contra tales siniestras amenazas y otros múltiples designios de los neocolonialistas está en nuestra unión política. Si queremos ser libres, si queremos disfrutar de todos los beneficios de los abundantes recursos de África, debemos unirnos para planificar nuestra defensa total y el aprovechamiento pleno de nuestros medios materiales y humanos, en interés de todos nuestros pueblos. Ir solos limitará nuestros horizontes, reducirá nuestras expectativas y amenazará nuestra libertad.”(Nkrumah, 1965)<sup>2</sup>

Fue así que, iniciada la corriente independentista, el Panafricanismo se convirtió rápidamente en la filosofía central y parte esencial de la agenda de los líderes africanos que

---

<sup>2</sup> Nkrumah esboza aquí la clásica Teoría de la Unidad Africana, donde propone, inspirado en los Estados Unidos, una Federación de Estados con un Gobierno Parlamentario continental bicameral, planificación económica continental centralizada, política exterior común -fundada en la doctrina No-Al y diplomacia unificada-, y Fuerzas Armadas Continentales con comando y estrategia unificados.

protagonizaron la lucha contra el poder colonial, y son considerados hoy como los *padres fundadores* del África independiente. En orden cronológico de aparición, y sin pretensión de lograr una lista exhaustiva, fueron ellos: Kwame Nkrumah (Ghana), Léopold Sédar Senghor (Senegal) Julius Nyerere (Tanzania), Jomo Kenyatta (Kenya), Ahmed Sekou Touré (Guinea), Nnamdi Azikiwe (Nigeria), Ahmed Ben Bella (Argelia), Jamal Abdel Nassir (Egipto), Haile Sellasie (Etiopía), Modibo Keita (Mali), y Habib Burguiba (Túnez).

Entre ellos, fue muy significativa –tanto en los años previos como en los inicios de la vida independiente de estos estados- la labor de Nkrumah (1909-1972), de Léopold Sédar Senghor (1906-2001), y de Julius K. Nyerere (1922-1999) en la construcción de una teoría general política-económica de la Unidad Africana, con sus varios elementos. En estos autores podemos identificar tres grandes perspectivas teóricas que construyeron esta teoría general de la Unidad Africana:

- i) la visión defendida por Kwame Nkrumah y compartida por Ahmed Sekou Touré, que se estructuró en torno al reconocimiento de una teoría del imperialismo como fuerza estructurante, y al desarrollismo industrializado como meta, articulado en una filosofía armónica de la unidad, la **Personalidad Africana** (Nkrumah, 1965)<sup>3</sup>;
- ii) la argumentada por Léopold Sédar Senghor que propuso un Socialismo Africano más conservador y progresivo, respetando las independencias, con desarrollismo más equilibrado entre la industria y la agricultura, y marcado énfasis en valores espirituales y humanísticos sobre la base filosófica de la **Negritud** (Senghor, 1961 y Césaire, 2013)<sup>4</sup>;
- iii) la propiciada por Julius K. Nyerere, que propuso la **Ujamaa**, principio cultural y social de Tanzania, un Estado de Bienestar como representación de una cultura africana compartida, que redefinía las relaciones sociales y de producción con énfasis en sus ejes comunitarios, versión más pragmática y flexible del Socialismo Africano (Nyerere, 1968).

---

<sup>3</sup> Esta corriente presentaba asombrosas coincidencias con el estructuralismo de Prebisch.

<sup>4</sup> El término “Negritud” fue acuñado por Aimé Césaire en 1935, en el artículo *Nègreries: Conscience raciale et révolution social*, republicado nuevamente en 2013. La perspectiva, dominante en los países francófonos que conformaron el Grupo Brazzaville -y posteriormente adhirieron al mayoritario Grupo Monrovia- promovió la superación de la distinción colonial francesa entre negros antillanos y negros africanos, y a lograr una consciencia emancipadora única.

Fuera Ujamaa, Negritud, ó Personalidad Africana, el denominador común en los tres autores era una **comunidad social, tradicional y armónica**, donde los vicios del mundo Occidental, su individualismo, egoísmo y ansias de dominación y poder, no estaban presentes. Una cultura compartida extensa, que antecedió al período colonial y que sobrevivió a sus embates. El Socialismo Africano era así pensado como algo intrínseco a la sociedad y al **Ser Africano**, era incluso anterior al capitalismo y encarnaba la promesa de su superación.

Sin embargo, y pese a los esfuerzos desplegados por estos líderes políticos e intelectuales, el panafricanismo no tuvo el apoyo de la mayoría de los gobernantes africanos. Tal como lo señala Westen Shilaho (2015), el clásico molde colonial de “divide y vencerás” continuó impactando en la política africana poscolonial.

De este modo, el colonialismo contribuyó a la falta de cohesión entre los estados africanos, ya que las fronteras explicaban en parte la persistencia de las lealtades a las antiguas metrópolis. Las divisiones anglófona, francófona y lusófona obstaculizaron el panafricanismo ya que los líderes africanos a menudo dialogaban con propósitos contradictorios, a veces en conjunto con los dictados de los poderes coloniales. El legado colonial de balcanización fue también la base de las lealtades subnacionales, debido a la ausencia de cohesión social e identidad nacional en muchos países independizados.

Con este escenario crítico, el nacimiento de la Organización de la Unidad Africana (OUA) en 1963, con la membresía de 32 países africanos recientemente independizados, tuvo lugar en medio de un intenso debate al interior del pensamiento panafricanista. Murithi (2005) ubica a la inauguración de la OUA como la segunda fase en la institucionalización del panafricanismo, que conforme Manelisi, Kornegay y Stephen (2000), fue el resultado de una compleja convergencia de tres corrientes de pensamiento surgidas entre 1960 y 1961:

i) el **Grupo Casablanca**: formalmente lanzado el 7 de enero de 1961, y compuesto por Ghana, Marruecos, la República Árabe Unida (actualmente Egipto), Argelia, Mali, Libia y Guinea, que bajo las premisas de Nkrumah y Touré, impulsaba lo que aquí denominamos como “panafricanismo ortodoxo”, consistente en una integración continental acelerada y superación del Estado Nacional, arguyendo que la liberación del poder colonial no sería completa sin formar una unidad continental, que permitiera la liberación económica. Sus propuestas, condensadas en la denominada “Teoría de

la Unidad Africana” fueron: una Federación de Estados con un Gobierno Parlamentario continental bicameral, planificación económica continental centralizada, política exterior común -fundada en la doctrina NO-AL-, diplomacia unificada-, y Fuerzas Armadas Continentales con comando y estrategia unificados.

ii) el **Grupo Brazzaville**: conformado con la suscripción de la Carta de Brazzaville el 19 de diciembre de 1960, comenzó a funcionar el 12 de septiembre de 1961. Formaron parte de este grupo la República Popular del Congo (actual República del Congo), Alto Volta (actual Burkina Faso), Camerún, Chad, Cote D’ Ivoire, Dahomey (actual Benín), Gabón, Madagascar, Mauritania, Níger, República Centro-Africana y Senegal. Con el liderazgo intelectual del senegalés Léopold Sédar Senghor, el grupo impulsó lo que denominamos “panafricanismo moderado”, modelo de integración gradualista, que debía comenzar con la cooperación económica y cultural regional, reafirmando los principios de la soberanía nacional y no intervención, sobre la base de las fronteras heredadas del período colonial.

iii) el **Grupo de Monrovia**: formalmente constituido entre el 8 y el 12 de mayo de 1961, estaba compuesto por los mismos países que el grupo Brazzaville, más Liberia, Etiopía, Nigeria, Sierra Leona, Somalia, Togo y Túnez. Con la conducción de sus principales líderes: Nnamdi Azikiwe (Nigeria), Haile Sellasie (Etiopía), y Habib Bourguiba (Túnez), promovió una integración gradual, con enfoque similar al del Grupo Brazzaville. Por tratarse del grupo más numeroso, que aglutinó a la visión mayoritaria de los dirigentes africanos, fue el grupo que logró imponerse en momentos de definiciones sobre el futuro de la integración en el continente.

### **3. El Legado de la Organización de la Unidad Africana.**

Formalmente, como organización de cooperación interestatal, la OUA respondió a los siguientes objetivos (Manelisi, Kornegay y Genge, 2000):

- i) eliminar los vestigios remanentes de la colonización y el *apartheid*;
- ii) promover la unidad y solidaridad entre los Estados Africanos;
- iii) coordinar e intensificar la cooperación para el desarrollo;
- iv) salvaguardar la soberanía y la integridad territorial de los estados miembros;
- v) promover la cooperación internacional en el marco de las Naciones Unidas.

Con la prevalencia del Grupo Monrovia, la OUA no tuvo el protagonismo que desearon sus más fervientes impulsores. Al momento de su nacimiento, los líderes africanos se habían mostrado muy conscientes y preocupados por la necesidad de promover la unidad que trascendiera las diferencias étnicas y nacionales; el sufrimiento compartido bajo el dominio colonial había provisto una base suficiente para el crecimiento y difusión del Panafricanismo. Sin embargo, luego de alcanzada la ansiada independencia –para lo cual el accionar colectivo africano previo a la OUA fue más que relevante- la armonía inicial comenzó a disiparse. Los mismos líderes que tanto habían impulsado y pregonado la unidad política y económica, comenzaron a demostrar, con sus actos, poco compromiso con el Panafricanismo, y renuencia a subordinar grado alguno de soberanía a una entidad supraestatal.

“La OUA estaba en el centro de una tremenda contradicción. Por una parte pretendía ser una organización de la unidad, y por otra mantenía y defendía la soberanía, independencia e integridad territorial de los Estados miembros” (Kabunda, 2002).

Esta contradicción significó que en sus casi 40 años de existencia, la OUA fuera inexpresiva e inocua ante la necesidad de paliar la dependencia económica del continente, permaneciera pasiva ante el desinhibido accionar de varias versiones de tiranos<sup>5</sup> y fallara en sus intentos de poner fin a las largas guerras civiles en Angola, la República Democrática del Congo, la región de los Grandes Lagos y Sierra Leona. No obstante ello, hubo algunos éxitos reconocidos de la OUA, que son considerados hoy como su legado: la creación del Grupo Africano ante la Organización de las Naciones Unidas, la adopción de la Carta Africana de los Derechos Humanos y de los Pueblos (1981), y el establecimiento del Mecanismo para la Prevención, el Tratamiento y la Resolución de Conflictos (1993).

Con respecto a la agenda económica, una de las propuestas centrales de la OUA, fue el Plan de Acción de Lagos, aprobado en el año 1980 (OUA, 1980). El Plan se basaba en los siguientes principios derivados del panafricanismo moderado ó clásico, con notables coincidencias con el estructuralismo cepalino: i) desarrollo auto-centrado y auto-sostenido del continente; ii) democratización del proceso de desarrollo; iii) distribución justa y equitativa de los beneficios del desarrollo; iv) erradicación progresiva del desempleo y la pobreza; v) cooperación interestatal e

---

<sup>5</sup> Entre ellos Idi Amin en Uganda, Mobutu Sese Seko en Zaire (actual RDC), Sani Abacha en Nigeria, Jean-Bédél Bokassa en la República Centroafricana y Francisco Macías Nguema en Guinea Ecuatorial,

integración en los ámbitos económicos, social y cultural. Se incluía también el compromiso de los gobiernos Africanos de establecer una Comunidad Económica Africana (CEA) para el año 2000, definiéndose ya por entonces algunas de las etapas necesarias para lograr dicho objetivo. Se optaba así por un modelo de integración económica a escala continental, que contemplaba etapas de integración regional conocidas como *building blocks*. Esta opción se ratificó con la firma del Tratado de Abuja (1991), que establecía los pasos necesarios para llevar a las Comunidades Económicas Regionales (CER) hacia un Mercado Común Africano (Manelisi, Kornegay y Genge, 2000:2) y, como veremos más adelante, sería alcanzada en su primera etapa con el establecimiento de una Zona de Libre Comercio Continental en el año 2019.

Pese al consenso alcanzado, dificultades tanto endógenas como exógenas obstaculizaron la concreción de la CEA en los plazos proyectados. Desde dentro del continente, la debilidad de los Estados, la inestabilidad institucional, los conflictos armados, las grandes desigualdades regionales, y fundamentalmente la falta de una auténtica voluntad política de la mayoría de los dirigentes africanos, algunos de ellos por interés propio de auto-preservación, y la mayoría acosados por la disyuntiva planteada entre la necesidad de construir el Estado-Nación y la opción política por la unidad regional, fueron factores decisivos para explicar el fracaso (Kabunda, 2002). La ausencia de recursos financieros suficientes para corregir los lazos estructurales de dependencia económica establecidos con las antiguas metrópolis, y reformar los sistemas productivos existentes, la deficiente gestión gubernamental de los escasos recursos disponibles y la corrupción, también se enumeran entre las causas endógenas que dificultaron la integración continental.

Westen Silaho ofreció una descarnada visión de lo que fue, en su opinión, la principal causa del fracaso de la OUA en sus metas de integración económica. El autor argumentó que, estrechamente vinculada a las debilidades institucionales que obstruyeron la evolución de la democracia en África, estuvo la economía política del período poscolonial. Dado que las élites políticas de África ostentaban el acceso y control del Estado para la acumulación de capital, la pérdida de las elecciones significaba en consecuencia la pérdida de oportunidades para aumentar el patrimonio de las élites gobernantes. La ausencia de diversificación de la economía y la malversación organizada desde Estados cooptados, fueron así pilares de las decisiones en materia económica (Shilaho, 2015).

El papel preponderante del estado en la actividad económica, incluso después de la liberalización, ofreció oportunidades lucrativas para las élites enquistadas en el poder (Shilaho, 2015). Los contratos estatales, los nombramientos burocráticos, la emisión de permisos comerciales, el control de los impuestos a las importaciones y exportaciones, y las aventuras en búsqueda de lucros ilegales, conocidos en su conjunto como las “políticas del vientre”<sup>6</sup>, aumentaron la competencia por el poder político en el marco de un vicioso juego de suma cero. En la mayor parte de África -con excepción de Sudáfrica- no existía al momento de las independencias, una dicotomía clara entre los sectores público y privado. Se pensó que la privatización impuesta por los Programas de Ajuste Estructural del FMI y del Banco Mundial reforzaría la democracia mediante el control de las referidas prácticas y del clientelismo prevaleciente a causa del dominio estatal de los asuntos económicos. Sin embargo, estas realidades demostraron tener un gran poder de adaptación, porque los funcionarios estatales de inmediato pasaron a ser los principales accionistas de las entidades estatales privatizadas. De este modo, la transferencia al sector privado no fue mucho más que un sistema de búsqueda de rentas ligado a las élites, manteniéndose muy alto el incentivo para que el gobernante recurra al fraude electoral -e incluso a la violencia- para retener el poder, o asegurar la sucesión hacia su candidato preferido. Era así natural que la pérdida de elecciones reportara graves consecuencias económicas -además de las políticas- para el gobernante y sus partidarios.

También desde afuera de África hubo importantes frenos. Las instituciones financieras internacionales rechazaron sistemáticamente la mayoría de las iniciativas africanas que en las décadas de los '80 y '90 se animaron a proponer planes continentales de recuperación de las economías y el desarrollo social, como por ejemplo el Programa Prioritario para la Recuperación Económica (1986), el Marco Africano Alternativo al Programa de Ajuste Estructural (1989) ó la Carta Africana para la Participación Popular para el Desarrollo (1990).

En esos planes, la integración regional y luego continental aparecía como prioridad estratégica; sin embargo, en el momento de la crisis de la deuda, y al igual que lo ocurrido en

---

<sup>6</sup> “*Politics of the Belly*” en el texto original. El concepto fue acuñado por Jean François Bayart en su clásica obra “El Estado en Africa”, en el cual el autor critica la visión del Estado Africano como un artificio de importación, sosteniendo que la tradición de administraciones políticas complejas es muy anterior a la colonización europea. Bayart argumenta que la preponderancia y vigencia de este modelo africano de Estados obedece a que se ha convertido en el escenario de la política del vientre, es decir, del epicentro de una red clientelista interesada en comer o fagocitar las oportunidades y prebendas del poder. Una particular combinación de debilidad -el estado se encuentra debilitado por la canibalización- pero también de fortaleza -no existe ningún interés en destruirlo, sino en devorarlo-. (Bayart, 1999).

Latinoamérica, el FMI y el Banco Mundial defendieron exclusivamente los planes nacionales de ajuste estructural, con políticas económicas basadas en la austeridad presupuestaria y la liberalización multilateral. Como lo señala Shilaho (2015), estas recomendaciones afectaron también la consolidación de la democracia en el continente, al ocasionar masiva pobreza, enemiga íntima de la democratización en el continente, y retrasaron los objetivos de integración continental.

#### 4. El nuevo Panafricanismo.

La séptima Conferencia Panafricana, realizada en Kampala, Uganda en abril de 1994, no sorprendió mucho a los asistentes. Los temas continuaron siendo los mismos: Unidad Africana, Liberación Africana del Imperialismo Occidental, Desarrollo, Paz y Progreso. Sin embargo, el mayor genocidio que conoció el continente comenzaba ese mismo mes, y luego de prolongarse por más de once meses, dejaría una honda huella en la mayoría de los líderes africanos.<sup>7</sup>

En un orden internacional en movimiento, marcado por el fin de la guerra fría, surgía con fuerza un sentimiento de que al continente le cabía otro lugar en el mundo, en especial tras el final del régimen racista en Sudáfrica. Así, pocas semanas después, durante la 30ª. Sesión de la Asamblea de Jefes de Estado y de Gobierno de la OUA, realizada en Túnez en junio de 1994, Nelson Mandela destacaba que, con el fin de la Guerra Fría y el Apartheid, África estaba ingresando en **“Una nueva era de Renacimiento Africano”**<sup>8</sup>. El concepto pronto se transformó en estandarte para una nueva generación de líderes africanos, que especialmente desde el cambio de milenio, se inclinaron progresivamente hacia la promoción de entidades regionales con mayores vínculos políticos y económicos. Esto era reflejo de la consciencia de África sobre la necesidad no sólo de independencia política y mejora de los niveles de vida, sino también de la liberación de la dependencia económica y del estancamiento democrático, que habían impedido la prosperidad en la corta vida independiente del continente (Lopes, 2013)

---

<sup>7</sup> El genocidio tutsi en Rwanda fue reconocido por el Consejo de Seguridad de la ONU el 22 de junio de 1994. La República Argentina denunció el genocidio de 1994 desde sus comienzos y bregó para que se investigue y condene a los responsables, además de participar en las diversas medidas adoptadas, copatrocinando las Resoluciones relativas al establecimiento de la Comisión de Expertos (935-1994) y el Tribunal Penal Internacional (955-1994).

<sup>8</sup> *“A new era of African Renaissance”*. El término aparecía en una serie de ensayos titulada *Towards the African Renaissance: Essays in Culture and Development 1946-1960*, de Cheikh Anta Diop. Luego sería popularizado por Thabo Mbeki en su famoso discurso *“I am an African”* pronunciado en 1996.



Esta nueva corriente de pensamiento, anclada en la tradición liberal fue denominada por Kay Mathews (2009) como el “**Nuevo Panafricanismo**”, y estuvo protagonizada por líderes africanos que, conmocionados por el genocidio de Rwanda, finalmente aceptaron romper con los tabúes post independencias de la no intervención, y articular nuevas reglas de involucramiento y control democrático. Fueron ellos: Thabo Mbeki (Sudáfrica), Olusegun Obasanjo (Nigeria), Jerry John Rawlings (Ghana) Abdoulaye Wade (Senegal), Abdelaziz Bouteflika (Argelia), Joachim Chissano (Mozambique) y Alpha Oumar Konaré (Mali). Este último líder expresaba en la Conferencia Ministerial sobre el Establecimiento de la Unión Africana y el Parlamento Panafricano, realizada en Tripoli entre el 31 de mayo y el 2 de junio de 2000:

“...lo que estaba en juego era la creación de una organización que trascendiera los tradicionales marcos institucionales e integrados de la Organización de la Unidad Africana y la Comunidad Económica Africana, y no el establecimiento de otra organización en adición a las ya existentes; en otras palabras [,] una sola organización con dos dimensiones: política y económica” (Konaré, 2000, citado en Manelisi, Kornegay y Genge, 2000:4)<sup>9</sup>

Con respecto a sus inspiraciones teóricas, Carlos Lopes (2013) y Lynda Iroulo (2017) dudan de las raíces pan-africanistas del movimiento, prefiriendo la denominación de “Renacimiento Africano” a la de “Nuevo Panafricanismo” para diferenciarla del Panafricanismo clásico. Incluso dudan de su especificidad, arguyendo que no fue desarrollada con ningún modelo específico o particular africano. Sin embargo, coinciden en que la apropiación (*ownership*) fue lo que marcó la diferencia, entendiéndola como la seguridad de que los africanos estuvieran a cargo de todo el proceso, desde los principios hasta la ejecución (Iroulo, 2017:3), e incluyendo también el control económico de las nuevas instituciones, histórico talón de Aquiles de la arquitectura institucional precedente. Otra notable diferencia estuvo marcada por la postura frente a los africanos de la diáspora, educados fuera del continente: ya no debían ser considerados como un obstáculo para la evolución institucional propia, sino como una herramienta muy útil; la exposición a instituciones foráneas podía echar algo de luz sobre los errores y aciertos en el continente (Iroulo, 2017:3).

En nuestra opinión, el Nuevo Panafricanismo indudablemente abrevó en su predecesor, adaptando sus conceptos a la nueva realidad del orden internacional. También podemos detectar las influencias del modelo del desarrollo autónomo de Helio Jaguaribe, y del neoliberalismo institucional o institucionalismo, desarrollado por Keohane en 1993.

---

<sup>9</sup> Mención aparte merece el líder de la Gran Yamahiriya Arabe Libia, Muammar Gaddafi, quien sostuvo enérgicamente la necesidad de retomar las ideas de Nkrumah, con su famosa frase “*Africa must unite or die*”, pregonando la inmediata aceleración de la integración continental con la formación de una Federación de Estados – claro estaba, bajo su conducción- (Iroulo, 2017).

Jaguaribe, al igual que los líderes africanos del nuevo milenio, concibió a la integración como una estrategia de protección, como escudo protector de procesos de desarrollo autónomo. Nunca como un fin en sí mismo, sino como un instrumento que fortalecería la viabilidad nacional, agregando la dimensión regional o colectiva. Con evidentes paralelos entre las regiones latinoamericana y africana, el modelo de Jaguaribe sería útil para ambos espacios geográficos, propiciando que la integración fuera del tipo gradual; dada la heterogeneidad al interior, el proceso de integración sería inviable si pretendiera la adhesión inmediata inicial de todos los países que componen una región periférica. Ello así, debía tratarse de un proceso en círculos concéntricos, que permaneciera abierto a la incorporación de los países en la medida que éstos contaran con viabilidad nacional y fueran avanzando en la implementación de procesos de desarrollo autónomos (Jaguaribe 1969).

Por otra parte, el institucionalismo también nos ayuda a comprender el fenómeno del Nuevo Panafricanismo. Como acertadamente explica Federico Merke (2013), el institucionalismo nos ofrece una explicación de la política internacional basada en los incentivos que poseen los estados para crear instituciones. Una vez creadas, el institucionalismo identifica los mecanismos a través de los cuales las instituciones influyen en el comportamiento de los estados. Cuando dos o más estados tienen poca interacción, probablemente se contenten con mecanismos de consulta ad-hoc diseñados para canalizar situaciones de crisis. Si su interacción es mayor, los encuentros periódicos, al estilo de las “cumbres”, serán un complemento ideal para discutir problemas comunes a la región. Pero cuando hay metas compartidas que demandan una atención constante, los estados buscan cooperar con mecanismos institucionales más permanentes, para lo cual establecen organizaciones internacionales de algún tipo. Los estados crean instituciones porque les ofrecen beneficios que no podrían alcanzar sin ellas; son tecnologías útiles para reunir las preferencias entre los estados; funcionan como un contrato entre partes dispuestas a invertir en una cooperación de largo plazo, en la búsqueda de estructurar las interacciones haciéndolas más estables y mutuamente beneficiosas (Merke, 2013).<sup>10</sup>

Con esta base teórica, el Nuevo Panafricanismo partió de la premisa que los bloques regionales favorecerían las economías de escala, la competitividad y junto a ellas, el crecimiento económico y el desarrollo social. Ya en 1963 Nkrumah advertía que la mayoría de las naciones

---

<sup>10</sup>Una vez más, la referencia al modelo de la interdependencia de Keohane resulta inevitable al referirnos al institucionalismo.

africanas sufrirían con su baja densidad poblacional, mercados internos pequeños, infraestructura limitada, límites porosos y recursos limitados para la industrialización. Sin embargo, el Nuevo Panafricanismo planteó una nueva forma de regionalismo productivo, distinto al que preconizaba el Plan de Acción de Lagos, de corte auto-centrado o de autosuficiencia colectiva, que tenía –como mencionamos- más semejanzas con el estructuralismo cepalino que con el desarrollismo autónomo de Jaguaribe.

Desde nuestra perspectiva latinoamericana, resulta interesante observar el paralelismo entre los debates teóricos suscitados en África y los ocurridos en América Latina a partir del cambio de milenio –estos últimos sintetizados por Merino (2017) - en torno al **regionalismo autónomo** de tinte desarrollista, preconizado por el panafricanismo moderado clásico, y un **regionalismo neo-desarrollista**, propiciado por el nuevo panafricanismo.

El primero de ellos -regionalismo autónomo- estuvo claramente enfocado en cuestionar el orden mundial capitalista y el papel de periferia del continente africano en él, y en pensar estrategias de desarrollo endógeno para posicionar a la región como bloque de poder en un escenario multipolar. Fue el eje de la argumentación de Leopold Senghor en su modelo de desarrollo auto-centrado, posteriormente retomado por Samir Amin (1973), en su teoría de desarrollo desigual y sistema centro-periferia.

El segundo sistema citado -regionalismo neodesarrollista- hizo hincapié por su parte en: i) la importancia de la integración para el cambio de la estructura económica y la industrialización; ii) la construcción de cadenas regionales de valor; iii) el desarrollo tecnológico para mejorar la competitividad; iv) la preocupación por las condiciones sociales; y -lo que se agrega en esta nueva versión del siglo XXI- v) una mayor apertura al mercado mundial en relación al fuerte proteccionismo de los años 60' y 70', en la búsqueda de estrategias de adaptación al capitalismo mundial.

Por otra parte, el Nuevo Panafricanismo es también pasible de ser ubicado dentro de la clasificación propuesta por Briceño Ruiz (2013) que distingue tres modelos de integración:

i) el **regionalismo estratégico**: asociado regionalmente al modelo económico primario-exportador y explotación de las ventajas comparativas, la transnacionalización económica, la inserción dentro de

la territorialidad global, el alineamiento geopolítico con EEUU y aliados, y la pertenencia cultural a Occidente. El ALCA, los Tratados de Libre Comercio bilaterales con Estados Unidos, la Alianza del Pacífico (AP) y el MERCOSUR de los años noventa serían parte del regionalismo abierto y el modelo de integración al que más se acercaría sería el de regionalismo estratégico.

ii) el **regionalismo productivo**: propuesta neo-desarrollista de capitalismo productivo regional, del que podemos distinguir las tendencias más conservadoras y las más nacionalistas. Sin plantear una postura aislacionista o cerrada, reclama la construcción de un espacio de autonomía relativa para el desarrollo de un capitalismo nacional con valor agregado local y protagonismo de la “burguesía nacional”, planteando una integración y una territorialidad regional autónoma. En el plano cultural no se define necesariamente como ajeno a Occidente, pero suele resaltar un matiz civilizatorio propio de la región. Es el caso del MERCOSUR post-liberal (2003-2015) que revisó el regionalismo abierto y sus premisas neoliberales, y también, en nuestra opinión, es el caso del Nuevo Panafricanismo como sustento teórico de la Unión Africana desde su nacimiento en 2002.

iii) el **regionalismo social**: proyecto que aparece discursivamente bajo distintos rótulos, con una impronta revolucionaria, que puede definirse como social-popular, con una centralidad del Estado como eje del desarrollo de las fuerzas productivas (Estado empresario) y de la distribución de la renta; se define como antiimperialista en términos de alineamiento internacional y plantea una integración regional autónoma; es el caso de la Alianza Bolivariana para los pueblos de Nuestra América (ALBA) que define a América Latina y el Caribe como una civilización emergente distinta de Occidente. Varios de sus postulados los encontramos presentes en las obras clásicas de Krumah (1963), Nyerere (1965) y Rodney (1982), y en los encendidos discursos de Muammar Ghaddafi, partidarios del panafricanismo más exacerbado, precedentemente expuesto.

## **5. El nacimiento de la Unión Africana.**

En el contexto señalado en apartado anterior, de institucionalismo consolidado, regionalismo productivo y revitalización de acuerdos regionales y continentales de fin de siglo, los Jefes de Estado y de Gobierno de la OUA hicieron pública en 1999, con la Declaración de Sirte, su voluntad de crear la Unión Africana (UA), con el fin de acelerar el proceso de integración del continente, y así permitirle jugar el papel que le correspondía en la economía mundial y afrontar a la vez los

problemas políticos, sociales y económicos generados por el impacto negativo de la crisis global. Resulta curioso observar las coincidencias entre los discursos del desaparecido Muhammad Ghaddafi en Sirte, y las frases acuñadas por Kwame Nkrumah treinta y seis años antes, en su clásico “*Africa Must Unite*” (1963).

Con la firma de 53 Jefes de Estado Africanos, el Acta Constitutiva de la UA fue adoptada un año más tarde en la Cumbre de Lomé, realizada en el mes de julio de 2000 (OUA, 2000), y entró en vigor en la Cumbre de Lusaka en julio de 2001, luego de que el trigésimo sexto Estado firmante del Acta la ratificara, alcanzándose así las dos terceras partes requeridas.<sup>11</sup> La Unión Africana fue oficialmente inaugurada en la Cumbre de Durban, Sudáfrica, en el mes de julio de 2002.

La UA incorporó nuevos elementos a la extinta OUA. Aparecieron los principios democráticos, los derechos humanos, el Estado de Derecho y el buen gobierno, y también –hija de Rwanda- la posibilidad de intervenciones militares en caso de genocidio, crímenes de guerra ó crímenes de lesa humanidad. Se rompió así, con el tabú post-independencias de la no intervención, dotando a la organización de nuevas herramientas para intervenir en sus estados miembros en circunstancias graves. También se institucionalizó el rechazo a la impunidad, los asesinatos políticos y los actos de terrorismo, con condenas vigorosas a los cambios inconstitucionales de gobierno.

Por otra parte, se ampliaron las bases de la integración con el fin de democratizar los procesos, incorporando en la toma de decisiones a los parlamentarios, partidos políticos, agentes económicos y representantes de la sociedad civil. Se atendía así un reclamo histórico dirigido a la OUA, en la que las decisiones eran tomadas por pocos líderes, sin mayor espacio para la construcción de consensos. Con la creación de la UA, los gobiernos Africanos reconocieron la interdependencia entre paz, seguridad y estabilidad, por un lado, y buen gobierno y respeto por los derechos humanos, por el otro. Consideraron así que ambos eran imperativos sin los que el progreso económico era frágil, y la integración ilusoria.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> Los únicos Estados Africanos que no suscribieron el Acta Constitutiva de la UA fueron Sudán del Sur –que aún no existía- y el Reino de Marruecos -que no formaba parte por entonces de la OUA, de la cual decidió retirarse en 1984, en decisión concomitante con la admisión de la República Árabe Saharaui Democrática a la Organización. En un giro pragmático de su política exterior, en 2017 Marruecos formalizó su incorporación a la UA.

<sup>12</sup> UA “*Vission and Mission of the African Union*”, en [www.au.int](http://www.au.int)

Sea cual fuere la matriz conceptual que utilicemos, no cabe duda que la evolución de la OUA en la UA tuvo como sustento teórico un verdadero **cambio de paradigma** en la forma de pensar la integración al interior del continente, desde un modelo relativamente cerrado, ensimismado, y desconfiado de la integración como fórmula de éxito, a un modelo más optimista, abierto al mundo, en sintonía con un nuevo contexto geopolítico mundial de creciente multipolaridad relativa y consciente de los cambios en las relaciones de poder.

## **Conclusión**

La herencia colonial de balcanización del África como fórmula usada por los líderes africanos para mantener el poder y sus privilegios de tinte feudal, fue dejada atrás desde el cambio de siglo y la puesta en marcha de la Unión Africana.

Sea cual fuere la categorización conceptual que utilicemos, no cabe duda que la evolución de la OUA en la UA tuvo como sustento teórico un verdadero cambio de paradigma en la forma de pensar la integración al interior del continente, desde un modelo relativamente cerrado y desconfiado de la integración, a un modelo más abierto al mundo, en sintonía con un nuevo contexto geopolítico mundial de pos Guerra Fría.

El nuevo panafricanismo -nutrido del institucionalismo liberal de Keohane- fue la base teórica de los avances que registró el continente en materia de integración, y motivaron que los gobiernos Africanos reconocieran la interdependencia entre paz, seguridad y estabilidad, por un lado, y buen gobierno y respeto por los derechos humanos, por el otro. Consideraron así que ambos son imperativos sin los que el progreso económico es frágil y la integración ilusoria.<sup>13</sup>

Este “Despertar Africano” nos permite percibir que los ojos del mundo se han vuelto a posar sobre el continente africano, con una mirada renovada, “afrooptimista”, que debe guiar nuestra reflexión y acción en un sistema internacional de multipolaridad relativa y cambios constantes en las relaciones de poder.

---

<sup>13</sup> UA “*Vission and Mission of the African Union*”, en [www.au.int](http://www.au.int)

## REFERENCIAS - BIBLIOGRAFIA

- AFDB, 2016 African Economic Outlook 2016: Sustainable Cities and Structural Transformation, Banco Africano de Desarrollo, Abidján, mayo 2016
- Amin, Samir. Underdevelopment and dependence in Black Africa – Their historical origins and contemporary forms. En *Social Economic Studies*, Vol. 22, N°1, p. 177-196, 1973.
- Badie, Bertrand. Da soberania à competência do Estado. Em Smouts, Marie-Claude (comp.) *As novas relações internacionais: teoria e prática*. Brasília: Editora da Universidade de Brasília, 2004, 35-56
- Banco Mundial, 2005 Meeting the challenge of Africa's Development: A World Bank Group Action Plan, Washington, 2005.
- Bayart, Jean François. El Estado en Africa. Ed. Bellaterra, Barcelona, 1999.
- Briceño Ruiz, José. Ejes y modelos en la etapa actual de la integración económica regional en América Latina. En *Revista Estudios Internacionales*, vol.45 no.175, Santiago, 2013.
- Buffa, Diego y Becerra, María José. Guerra y paz al sur del Sahara. Nuevos abordajes conceptuales, frente a un escenario cambiante. *Historelo, Revista de Historia Regional y Local*, 2014, Vol. 6 Nro. 11: 308-330.
- Césaire, Aimé Formalisme et littérature / Aimé Césaire, 1913-2013. *Les Temps Modernes*, N° 676. Disponible en: <https://www.cairn.info/revue-les-temps-modernes-2013-5.htm>.
- Dlamini-Zuma, Nkosazana, Discurso de apertura de la 30° sesión del Consejo Ejecutivo de la Unión Africana. Addis Abeba, 25 de enero de 2017.
- Ekine, Sokari. The never-ending revolution: perspectives from the African Blogosphere. En *African Awakening. The Emerging Revolutions*”, Ed. Pambazuka News. Nairobi, 2011
- Eze, Michael Onyebuchi. Pan Africanism: a brief intelectual history. *History Compass* 11, 9, Ed. John Wiley & Sons, New Jersey, 2013, 663-674.
- Iroulo, Lynda. Pan Africanism and the African Renaissance through the APRM. *Policy Briefing* N° 1962, South African Institute of International Affairs, Pretoria, Julio 2017.
- Jaguaribe, Hélio. Dependencia y autonomía en América Latina. En: Jaguaribe et al. (eds.), *La dependencia político-económica de América Latina*, México: Siglo XXI, 1969. 1-85.
- Jorge, Eduardo. La ideología panafricanista y sus bases de sustentación. Foro internacional, v. 7, n. 3 (27), p. 211-232, enero-marzo, México, 1967.
- Kabunda, Mbuji. África Subsahariana ante el Nuevo Milenio. Madrid: Pirámide, 2002.

- Keohane, Robert. *After Hegemony. Cooperation and discord in the world political economy*. New Jersey: Princeton University Press, 1984.
- Keohane, R. y Nye, J. *Poder e Interdependencia: la política mundial en transición*. Grupo Editorial Latinoamericano, Buenos Aires, 1988
- Lechini, Gladys. Voces argentinas en Africa: al ritmo de los impulsos. *Revista Voces en el Fénix*, 2018, N° 67: 146-153
- Lopes, Carlos. *Moving from Early Pan-Africanism to African Renaissance*. ECA, Addis Abeba, 2013. (Disponible en: <http://www.ECA.org/es-blog/moving-early-pan-africanism-towards-african-renaissance>)
- Manelisi, Genge; Kornegay, Francis y Stephen, Rule. *African Union and Pan- African Parliament*. Working Paper, African Institute of South Africa, Pretoria, 2000.
- Mathews, Kay. *Renaissance of Pan-Africanism: the AU and the New Pan-Africanists*. En Ndinga-Muvumba, A. (ed.) *African Union and its Institutions*, Melville, Jacana Media, 2009.
- Merino, Gabriel. *Proyectos estratégicos e integración regional en América Latina. El surgimiento de la Alianza del Pacífico, el fortalecimiento del regionalismo abierto y el retroceso del regionalismo autónomo*. *Revista Relaciones Internacionales* N° 52, IRI, Buenos Aires, junio 2017, pág. 19.
- Merke, Federico. *Liberalismo*. En Thomas Legler et al, (eds.) *Introducción a las Relaciones Internacionales: América Latina y la Política Global*, México, Oxford University Press, 2013.
- Miguel, Edward. *África's turn?* Cambridge, Massachussets: MIT Press, 2009.
- Murithi, Timothy. *Pan-Africanism and the Crises of Postcoloniality: From the Organization of African Unity to the African Union*. En: Omeje, K. *The Crises of Postcoloniality in Africa*. Ed. Dakar: CODESRIA, 2015. cap. 12, p. 217-234.
- Nabudere, Dani. *Africa Unity in Historical Perspective*. En Maloka, E. (ed.) *A United States of Africa?*, Pretoria, Africa Institute of South Africa, 2001.
- NEPAD, 2011. *Study on Programme for Infrastructure Development in Africa (PIDA)*, SOFRECO Led Consortium, New Partnership for Africa's Development, Midrand, Noviembre 2011.
- Nkrumah, Kwame. *Africa debe unirse*. Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964.
- Nyerere, Julius K. *Ujamaa. Essays on Socialism*. London: Oxford University Press, 1968.
- ONU, 2000. *United Nations Millenium Declaration*. New York, 2000
- OUA, 2000. *Constitutive Act of the African Union*, Lomé, julio 2000
- OUA, 1993 *Conflict Prevention, Management and Resolution Mechanism*, El Cairo, 1993



- OUA, 1981. African Charter on Human and People's Rights, Banjul, 1981.
- OUA, 1980. Final Act of Lagos, Lagos, 1980
- Petlane, Tsoeu. APRM Best Practices: Concept, Place and Significance. En *African Solutions: Best Practices from the African Peer Review Mechanism*, Ed. Tsoeu Petlane y Steven Gruzd. Auckland Park, RSA: Fanele, 2011.
- PNUD, 2013 The rise of the South, United Nations Development Program, New York, 2013
- Rodney, Walter How Europe Underdeveloped Africa. Howard University Press, Washington D.C., 1982.
- Roxburgh, Charles. Lions on the move: the progress and potential of African Economies. Mac Kinsey Global Institute, Londres, 2010.
- Senghor, Leòpold Sédar. Nation et voie africaine du socialisme. Paris: Présence Africaine, 1961.
- Shilaho, Westen. Institutional and Leadership Rebirth as Prerequisites for Africa's Social, Economic and Political Transformation. University of Johannesburg, Johannesburgo, 2015.
- Surasky, Javier Leonardo. Prometeo y la cruz del Sur. Tesis Doctoral. Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2019.